

ejemplario más entre cien, ni una colección de minúsculas variantes narrativas para ebriedad y gozo de morfólogos. Por aquí ha cabalgado el arte, y huelen a siempre las huellas de su paso.

Patronio fue quien convirtió el tedio en metáfora. Sin menoscabo de su originalidad, fue él quien hizo de la tradición una alfombra, un tapiz digno de soportar sobre sus hilos las pisadas rubias del arte.—
LUIS ALBERTO DE CUENCA (Don Ramón de la Cruz, 28. MADRID-1).

UN HOMENAJE A RAFAEL ALBERTI *

«Rocío literal, racimo biselado» llamó Neruda a la poesía de Rafael Alberti, acaso la de más fina y transparente forma de cuantas se han hecho en castellano y en este siglo, junto con la del argentino Ricardo E. Molinari.

A la manera de los personajes de leyenda de quienes todos han oído hablar y casi nadie ha visto —se trate ya de alquimistas y magos o de bandoleros como Curro Giménez o José María El Rayo de Andalucía—, sucede ahora en España que todo el mundo reconoce y hasta admira algunos nombres, ignorando la obra que ha hecho que esos nombres signifiquen algo. Son, de repente, simpáticos fantasmas un Miguel Hernández, un García Lorca; pero qué pocos los han leído, cuánto tiempo pasará todavía para que toda una corriente cultural —Picasso, Jorge Guillén, Luis Buñuel: son unos pocos ejemplos de una extensa lista— regrese definitivamente a su cauce originario. En esta situación se encuentra también Rafael Alberti.

Una revista de Barcelona le dedica ahora un, acaso algo tardío, pero siempre justo y oportuno, homenaje al poeta de Cádiz, que durante tantos años ha padecido esa especie de muerte en vida que es andar rodando por países extraños, lejos de la casa y los amigos de la infancia. Lo que para Cernuda significó un desarraigo esterilizador —ni él ni su poesía fueron ya los mismos al salir del país natal—, a León Felipe y Alberti los espoleó para reaccionar con más fuerza: una indignación demasiado viva en el primero y una alegría esencial en el segundo los mantuvo activos como creadores y hasta como símbolos de una España que, casi, se había trasladado a América en espera de momentos mejores, a semejanza de alguien que, por alguna causa, debe mantener oculto su verdadero nombre por un

* «La mano en el cajón», nums. 1-2, Barcelona, 1976

tiempo. «Yo me he llevado la canción», diría arrogantemente León Felipe, como si hubiera metido en un baúl todo el oro de los Austrias y Borbones. Fue uno más que no volvió.

No se puede hablar de Alberti —cuanto llevo dicho lo evidencia de algún modo— como casi aislado; porque, aun siendo un artista hecho de la mejor madera, se parece a cualquier cosa menos a un semidiós solitario del estilo de Ezra Pound, por ejemplo. Y aunque ni su poesía ni su origen social tengan la marca de lo popular, Alberti es un caso semejante al de Rubén Darío en el sentido de que a pesar de no escribir una poesía para mayorías —esa mayoría fácil tan cara a un Rafael de León—, debe ir inevitablemente a ellas.

Por supuesto que no soy tan ingenuo como para creer en los demagogos que dicen escribir para todo el mundo: en un mundo poblado fácilmente por un 50 por 100 de seres analfabetos y paupérrimos, proclamarse poeta de multitudes es algo más que soberbia; es también una estupidez. Pero lo que yo admiro de Alberti es que pueda escribir —junto con versos dedicados a Piero della Francesca y Rafael Sanzio— otros dedicados a los panaderos gallegos emigrantes y a los pescadores pobres de Cádiz sin que la diferencia de prestigio artístico de cada tema signifique una diferencia de calidad estética dentro de su poesía. Es, invariablemente, el poeta de lo fino —«de lo más leve y casi imperceptible»— tanto cuando se refiere a los óleos del Museo del Prado como cuando habla de los niños descalzos de Extremadura.

Mucha mala poesía se ha escrito con intenciones redentoras; mucha temática social ha pretendido elevar a impostores de renglones cortos a la jerarquía de poetas. En este «siglo de manos», de inescrupuloso pragmatismo y reducción del hombre concreto a cifra de computadora, cambiaron las cortes reales, no la situación de dependencia del artista. Pero a la verdadera poesía, como a la escuela siracusana de Pitágoras, muchos son los llamados y muy pocos los elegidos. Alberti (independientemente de su contexto) es uno de ellos, y no hay que confundirlo con los verseadores de una cuestión social que en el fondo no sienten o que en todo caso no saben expresar.

«El mundo ya no es feliz, condesa», como le decía un vagabundo a *La loca de Chaillot*, y en medio de este sórdido tablero político el homenaje a un poeta ya «no ofrece ningún adorno para la diadema de las Musas» (leo a Pound), sino que responde a una cuestión táctica. El hecho artístico como cosa independiente es ahora casi una cuestión folklórica, un rito desentendido de sus orígenes, como el carnaval.

Hay situaciones contingentes que de pronto hacen necesaria la intervención de nombres como el de Alberti o Miguel Hernández, de igual manera que en una partida de ajedrez un peón durante mucho tiempo inactivo puede pedir explicaciones a toda una posición enemiga si es adecuadamente movilizado.

En este sentido veo al Rafael Alberti actual: hombre de una reconocida causa política (y que yo respeto, porque ha dado pruebas suficientes en tantos años de haberla adoptado con sinceridad), entrevistándose en Roma con Don Juan Carlos y negociando de alguna manera su regreso.

Pero todo esto no tiene fundamental importancia histórica ni artística, por más que la historia grande esté hecha de pequeñas anécdotas cotidianas: Alberti no es alguien para la historia de España por estas escaramuzas, sino por los inolvidables poemas de *Marinero en tierra*, tal como García Lorca es García Lorca por *La casa de Bernarda Alba* (en fin, por toda su obra) y no porque unas anónimas insignificancias lo hayan asesinado.

Mucha agua, demasiada sangre ha corrido bajo los puentes desde los días en que aquel «esbelto, hasta hermoso» artista adolescente del Puerto de Santa María de Cádiz fijaba para siempre en versos el itinerario equivocado de la paloma o la música que venía de la ventana de su prima «que tocaba, pensativa, el arpa». Toda una vida, como dirían los viejos.

Y no puede menos que producir una sana envidia que este artista, con la misma inalterable alegría y vitalidad de su amigo Picasso, siga participando activamente de las alegrías y los dolores de este mundo, como el abuelo que se rodea de niños y participa de sus juegos.—LUIS DE PAOLA (*Avda. de José Antonio, 15, 4.º B. MADRID-14.*)

NOTAS MARGINALES DE LECTURA

ROBERTO JUARROZ: *Poesía vertical*. Monte Avila Editores, Venezuela, 1976.

Toda una labor poética —con seguridad, una de las más importantes del continente sudamericano— se resume en esta *Poesía vertical*. En término de tiempo se resume o se aglutina aquí el que va desde 1958, fecha de aparición del libro de Juarroz que dará nombre a casi